

EDITORIAL

COMPROMISO ÉTICO-POLÍTICO DE LOS PROFESIONALES DE LAS CIENCIAS SOCIALES

ETHICAL AND POLITICAL COMMITMENT OF THE SOCIAL SCIENCES' PROFESSIONALS

Nicolasa María Durán Palacio

Fundación Universitaria Luis Amigó, Colombia

Forma de citar este artículo en APA:

Durán Palacio, N. M. (enero-junio, 2015). Compromiso ético-político de los profesionales de las Ciencias Sociales. [Editorial]. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 6(1), 11-13.

Sin duda alguna en nuestros días son evidentes los avances científicos sin precedentes. No obstante, los progresos en las ciencias no van a la par con los beneficios derivados de ellas entre los países, regiones y grupos sociales. En la medida en que el saber científico se ha convertido en el factor decisivo de producción de conocimientos, de riquezas y poder, su distribución es desigual. Los países y sus gentes pobres no son sólo los que carecen de bienes y recursos, sino que además están excluidos de las creaciones y posibles beneficios del saber científico. La acción de la ciencia en el mundo moderno jamás ha sido neutral como tampoco lo han sido sus intereses y alianzas con el poder político, militar y financiero, que a su vez han dado lugar a profundas transformaciones en las costumbres y diversas dimensiones de la vida social.

Los trabajos de los primeros pensadores de la Escuela de Frankfurt sustentan las críticas a los pretendidos control y objetividad de las doctrinas científicas, a la vez que acentuaban el exceso de organización jerárquica de la comunidad científica y los elementos extra científicos que gobiernan los vínculos entre sus líderes y los representantes del poder político y económico para poder acceder a los fondos de financiación de sus proyectos científicos de investigación (Marcuse, 1965/1993; Horkheimer, 1969/2002; Adorno, 1972/2001). De este modo, la ciencia ha sido caracterizada como una sierva del poder toda vez que se alía con él y se somete a legitimar su ideología.

La desafortunada unión entre ciencia y poder instituyente ha promovido y perpetuado una visión totalizante, excesivamente simplificada de la realidad y de los procesos históricos, con la pretensión de imponer una verdad supuesta. La posibilidad de que una idea omni-abarcante del mundo de la vida se instaure como realidad, depende de la construcción de discursos de las comunidades científicas que, respaldados por el poder, sustentan con su saber las ficciones, mistificaciones y mix-

tificaciones que crean las ideologías. El ejército de profesionales y científicos a su favor, procura una serie de marcos de referencia y justificaciones inmediatas a la conducta práctica de los sujetos, de los que se espera un determinado comportamiento social.

Contrariamente a la pretendida separación entre ciencia y política o entre investigación y gobierno, es innegable que todo hombre de ciencia, intelectual o profesional tiene una doble responsabilidad política: por un lado, en función de su oficio basado en el empleo de su inteligencia, influye en la co-creación y la organización de la cultura. Por otro, su posición de intelectual en la sociedad, en el sistema de producción del mundo, critica o apoya las doctrinas de pensamiento que convierte a las personas en normales, anormales, sanas, enfermas, capaces, discapacitadas, explotadas, excluidas, rechazadas, subversivas, inmorales y miserables, mientras otros son una clase social de privilegiados de la que, obviamente, los científicos, los profesionales súbditos obedientes y los políticos forman parte.

Difícilmente un libre pensador de las Ciencias Sociales asumiría el sentido doctrinal y el papel moralizante, para los cuales se crearon estas ciencias en el contexto del proyecto de la modernidad. Los intelectuales insubordinados saben que su propio discurso procura ser revelador de una cierta verdad y des-cubridor de los intereses políticos, allí donde estos no son percibidos. Aunque el científico social sabe que los colectivos, especialmente los del margen, no necesitan de los profesionales para saber que constituyen una clase social no privilegiada y que existe una élite política que les define, su compromiso ético político radica en decir y denunciar con conciencia y elocuencia aquello que acontece y afecta en la política a los ciudadanos, precisamente ahí donde estos no se percatan de la deformación interesada de la verdad.

Ahora bien, el poder totalizador de una ideología dominante no sólo está en las instancias superiores de la autoridad establecida, sino que además se allana honda y sutilmente en toda la urdimbre de la sociedad en la que obviamente, los científicos sociales tienen un lugar. La idea de que ellos son los agentes de la conciencia y del discurso emancipador, hace parte de las trampas del sistema creado por la ideología. El papel de los pensadores de las Ciencias Sociales, previo reconocimiento de la fragilidad de la condición humana y de toda su trama relacional, consiste en situarse en los espacios posibles para la resistencia y la lucha contra las formas de poder totalitario, allí donde este es la esencia y el instrumento de gobierno. Para ello, recordando a Kant (1788/2002), este lugar sólo es posible si como persona, el profesional de las Ciencias Sociales ha alcanzado un cierto grado de autonomía moral, lograda sobre el fundamento de la racionalidad reflexiva, libre de coacciones externas.

Tal vez la mayor contribución ético-política de los profesionales y científicos de las Ciencias Sociales es precisamente la de ayudar a elucidar en qué consiste el poder humano, cuándo este se convierte en totalitario, sus consecuencias en la condición humana en la tierra y las posibilidades de

limitación de su acción dominante a través del ejercicio común de la ciudadanía, expresada mediante la palabra y la acción (Arendt, 1958/2005). Después de los acontecimientos nefastos acaecidos en el siglo XX y que continúan ocurriendo en el XXI, es impropio mantener la idea de que los profesionales de las Ciencias Sociales deben situarse al margen de los sucesos de la política. Esta última concierne a todos. Los asuntos que en ella se tratan y deciden, pertenecen al ámbito de lo público y afectan imprevisiblemente la existencia de los hombres, el aspecto del mundo y el porvenir de la humanidad. A pesar de los desvíos de la ciudadanía común, el profesional de las Ciencias Sociales no debe abandonarla, antes bien, debe comprenderlos como posibilidades propias de nuestra condición humana. Igualmente debe insistir en la realización de lo que tenemos en común: el mundo, la humanidad; con su conocimiento, puede ampliar los horizontes de nuestra civilización, articular el mundo de la vida común, mostrar nuevos y posibles caminos de existencia.

Referencias

Adorno, T (1972/2001). *Epistemología y Ciencias Sociales*. Madrid: Cátedra

Arendt, H (1958/2005). *La condición humana*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Horkheimer, M (1969/2002). *Crítica de la razón instrumental*. Madrid: Trotta.

Kant, I (1788/2002). *Crítica de la razón práctica*. 6ª ed. Salamanca: Sígueme.

Marcuse, H (1965/1993). *El hombre unidimensional*. Madrid: Planeta Agostini.